

Vida de San Lorenzo de Brindis

Religioso capuchino



Vida de San Lorenzo de Brindis

(Capuchino)

CUYAS RELIQUIAS SE VENERAN

en

VILLAFRANCA DEL BIERZO

por

un Religioso Capuchino

de la

PROVINCIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

(CASTILLA)





San Lorenzo de Brindis, de la Orden de FF. MM. Capuchinos

HIMNO Á SAN LORENZO DE BRINDIS

CORO

Devotos de San Lorenzo,
corred todos y venid
á merecer los favores
del Seráfico Adalid.

ESTROFAS

De Lorenzo de Brindis venimos
la virtud y favor á implorar;
pues queremos en lid por la Iglesia
con Lorenzo valientes luchar.

El error en sus sienas pretende
de la fe la corona ceñir;
á las armas, valientes, corramos
á vencer en la lucha ó morir.

Con la fe protegido Lorenzo
de Mahoma el orgullo abatió;
siempre vence á Satán el cristiano
con la fe que de Cristo heredó.

Hoy que el vicio respira triunfante,
su reinado queriendo implantar,
á Lorenzo pidamos devotos
sus virtudes nos quiera alcanzar.

A. M. D. G.

Obispado de Salamanca

Nos D. Fr. Francisco Javier Valdés y Noriega, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Salamanca, etcétera, etc.,

*Por las presentes y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda publicarse la obra titulada **Vida de San Lorenzo de Brindis, Capuchino**, escrita por un Religioso Capuchino de la provincia del Sagrado Corazón de Jesús (Castilla), por cuanto que de nuestra orden ha sido examinada, y, según el informe del Censor, nada se contiene en ella contrario á la sana moral y dogma católico, juzgándola de utilidad para promover la piedad de los fieles.*

Imprímase esta nuestra licencia al principio ó final del libro, cuidando de remitir dos ejemplares á Nuestra Secretaría de Cámara.

Dado en Salamanca, á 18 de Marzo de 1911.

† Fr. Francisco Javier,
Obispo.

Vida de S. Lorenzo de Brindis
(CAPUCHINO)

Al que leyere.

El día 9 de Agosto del año 1619, entre siete y ocho de la tarde, estando el cielo nublado y obscuro, apareció en Villafranca del Bierzo un vistoso globo de luz, á manera de granada, que, abriéndose de cuándo en cuándo, despedía unos hermosos rayos sobre el convento de Religiosas Franciscas Descalzas, llamado comunmente de la Anunciada. Admiradas las Religiosas de esta maravilla, consultaron con el confesor, quien, viendo la misma luz extraordinaria, no dudó en afirmar que el Señor quería dar á entender algún prodigio. En efecto, al día siguiente, festividad de San Lorenzo Mártir, á la misma hora en que el día anterior fué visto el globo de luz, entraba por las puertas de la ilustre villa una carroza, que conducía el sagrado cuerpo de un santo capuchino, muerto días pasados en Lisboa, donde, con aplauso de todos, desempeñaba el cargo de embajador del emperador de Alemania, Rodulfo II, y legado *adlittere* de Su Santidad Paulo V. Momentos más tarde, las religiosas de la Anunciada,

poseídas de santa alegría, entonando solemne *Te Deum*, recibían dentro de su convento lo que siempre han llamado, y con razón, su *más rico tesoro*. ¿Quién era ese santo, honrado con la confianza de los Papas y de los emperadores? ¿Por qué es llevado su sagrado cuerpo á Villafranca? ¿Quién concedió al convento de la Anunciada el singular privilegio de guardar dentro de sus muros tan valioso tesoro? Sigue leyendo, caro lector, y en las siguientes páginas verás satisfecha tu santa y noble curiosidad.

Origen é infancia de San Lorenzo de Brindis.

Nuestro héroe nació el día 22 de Julio de 1559, en la antigua y célebre ciudad de Brindis (Italia), vasalla entonces del Rey de España. ¡Admirable designio de la Divina Providencia: el que debía trabajar con tanto ardor y celo por nuestra Patria, nace conciudadano nuestro y sujeto á nuestro monarca! Sus padres fueron Guillermo Rosi é Isabel Masella, ambos ilustres por su nobleza, pero mucho más aun por su piedad.

Una luz celestial que rodeaba muchas veces á su dichosa madre, y la iluminaba en medio de las más densas tinieblas, fué feliz presagio de lo que debía ser más tarde el fruto que llevaba en sus entrañas: Fué tan grande desde la cuna, que su padre escribía á un hermano suyo, sacerdote de Venecia: «Hermano: pongo en tu noticia cómo el Señor me ha dado un hijo; pero de unas cualidades tan extraordinarias y sobrenaturales, que no me atrevo á decir si es criatura terrena ó celestial. Ruega á Dios le llene de bendiciones y le haga todo Suyo; pues te aseguro que, en los pocos meses que tiene, da tales muestras de talento, virtud y santidad, que tiene admirados á todos...»

A los cuatro años vistió el hábito de Nuestro Padre

San Francisco, y entró en el convento de PP. Conventuales para empezar de buena hora la carrera de las letras y de la mortificación. Era el asombro de los religiosos más fervorosos, y sus progresos en la virtud y en las letras fueron tan grandes, que á los seis años predicaba ya en la catedral de Brindis, con muy copioso fruto; tanto, que el Arzobispo, señor don Francisco Alcander, le dió *por escrito* licencias de predicar en toda su diócesis, mandando que cada vez que predicase en su catedral, se tocase á sermón de arzobispo.

¡Admiremos las maravillas de Dios, que *hace expeditas y doctas las lenguas de los infantes*, para llenar de alabanzas su Santo Nombre!

II

Salida de Brindis.—Llega á Venecia.

Rayaba ya en la edad de catorce años nuestro jovenito, cuando tuvo la desgracia de quedarse huérfano de padre, á quien amaba tiernamente. Su madre, viéndose sola, procuró por todos los medios llevarsele á casa, tanto por gozar de su amable compañía, como por iniciarle en el manejo de los negocios domésticos; mas el santo joven, conociendo los peligros á que se exponía en el gobierno de su casa, en los vanos aplausos de las gentes y en la mayor libertad con que el mundo le brindaba, resistió fuertemente á las súplicas de su madre, dió un adiós á su casa, á su patria y á todos los intereses, y se retiró á Venecia, al lado de un

tío suyo, por nombre Pedro Rosi, varón respetable por su virtud y doctrina, rector del colegio y seminario de San Marcos, de dicha ciudad. Aquí vivió nuestro santito colegial, entregado á los estudios y á los ejercicios de toda virtud, siendo perfecto ejemplar de aquel seminario, hasta la fecha en que le veamos con el hábito de capuchino. Ayunaba tres días á la semana, y castigaba su inocente cuerpo con rigurosas penitencias: nunca bebió vino, dormía poco y sobre la dura tierra. Todos los momentos que le quedaban libres, los pasaba en el convento de los capuchinos, asistiendo á maitines á media noche; tomaba la disciplina, oraba con los frailes, y seguía su vida austera.

Por orden de su tío trocó el hábito de los franciscanos por la sotana del seminario, no sin harta pena y sentimiento, esperando el día en que tuviera la suerte de entrar en el noviciado de los PP. Capuchinos. Mas Dios recompensó este acto de abnegación: su hábito, conservado con respeto, crecía ó disminuía, según la persona que por devoción lo llevaba, y despertaba afectos de devoción y amor de Dios muy singulares. ¡Oh admirable Santo!; tú confundes nuestra cobardía, y, niño aun, eres maestro consumado y vigoroso atleta.

III

Su noviciado.—Sus estudios.

Habiendo obtenido, en fin, su admisión á la Orden seráfica de los capuchinos, lleno de alegría voló á Verona, donde se encontraba el convento de novicia-

do. Apenas descubrió á lo lejos las torres de la ciudad, inflamado del amor divino, entonó el *Te Deum*, y después, dirigiendo su corazón á la Reina del Cielo, á quien había escogido por Patrona, la saludó con el *Ave, maris stella*. ¡Dichoso Santo, que has sabido empezar tu carrera bajo el amparo de nuestra Madre!; no temas: Maria acabará tu obra.

El M. R. P. Lorenzo de Bérghamo, provincial de Venecia, le esperaba ya para tener el consuelo de vestirle él mismo el santo hábito y darle su propio nombre. El día siguiente, 18 de Febrero de 1575, recibió nuestro Santo el tosco sayal capuchino, y se le dió el nombre de *Fr. Lorenzo de Brindis*.

Imposible sería decir las grandes y sublimes virtudes que Fr. Lorenzo practicó, á partir de este momento. Asombrosa fué su vida en su niñez; pero desde el noviciado, su existencia será un continuo tejido de milagros de la gracia. Su corazón está inundado de los consuelos celestiales, sus penitencias horribles, su fidelidad sin igual, sus penas de alma y cuerpo tan grandes como el amor de Dios, que da vida y fuerza á su corazón. Así, entre delicias y amarguras, llegó al término de su noviciado, pronunciando sus votos solemnes el 24 de Marzo de 1576, consagrándose enteramente al Señor, con inefable consuelo y ternura.

Sus estudios superiores fueron brillantísimos. Antes de entrar en la Orden, había cursado Filosofía y Cánones. Sabía de memoria toda la Biblia, pudiendo no solamente citar el texto sagrado, sino el capítulo y versículo, y esto con tanta perfección, que hubiera

podido reproducir por sí solo la *Vulgata* y aun el texto hebreo, si se hubiese perdido, según confesión del mismo Santo. Aprendió, más con la oración que con el estudio, toda la Filosofía, la Teología, la Sagrada Escritura, con todas las demás ciencias necesarias para formar un sólido predicador evangélico. Hablaba perfectamente las lenguas francesa, española, bohemia, alemana, griega, caldática, siríaca y hebráica, siendo la admiración de los rabinos, que no podían creer no fuese hebreo. Nada nos parecerá imposible, si consideramos que María fué su verdadera maestra, como lo indica la Iglesia, en las lecciones del Santo.

ÍV

Su promoción al sacerdocio.—Su celo.

A los veintitrés años predicó con universal aplauso en Venecia, y al poco tiempo, obligado en virtud de santa obediencia, consintió en recibir el sacerdocio. Celebraba el Santo Sacrificio de la Misa con extraordinario recogimiento y atención, comunicándole el Señor sus mayores mercedes, en aquellos dichosos momentos. Era tal el fervor que sentía su corazón cuando se hallaba en las aras, que aunque al principio de la Misa caminaba con paso regular, su espíritu, acercándose más á la consagración, suspendía el paso y se quedaba inmóvil del todo, sumido en la más profunda contemplación de tan altos misterios. Emplear en la Misa dos, tres, seis, ocho y algunas veces hasta doce horas, era frecuente en nuestro Santo, efecto de los

éxtasis y raptos que en aquella ocasión experimentaba.

Armado ya pregonero del Altísimo, é inflamado del fuego que Jesús había depositado en su corazón, salió nuestro Lorenzo á la vida de apostolado, sembrando en todas partes la palabra divina, siendo el terror del infierno y el mensajero de paz, enviado por Dios á la tierra. Nápoles, Mantua, Génova, Padua, Verona, Vicencia y Pavía, se disputaban el honor de ser adoc-trinadas por el joven misionero Capuchino. Italia entera quiso oírle. En todas partes predicaba con tanto fervor, que el Arzobispo de Pavía le llamó el nuevo *San Pablo*. Las conversiones eran sin número. En Pavía, muchísimos jóvenes estudiantes que antes se avergonzaban de no ser más libertinos, se sintieron tan conmovidos con su predicación, que abandonando el mundo, poblaron todos los noviciados de las Ordenes más rígidas, con grande provecho de la Iglesia. Los pueblos corrían á sus sermones en tropel, y fué preciso hacer acompañar al Santo predicador por una multitud de soldados, para impedir no fuese sofocado y aplastado por el inmenso concurso. Nobles y plebeyos, príncipes, reyes, obispos y cardenales le besaban las manos y se estimaban dichosos de poder tocar los bordes de su hábito, hallando todos grandes gracias en estos santos contactos.

Movidos de tantas maravillas, Gregorio XIII y Clemente VIII le confiaron la conversión de los judíos de Roma y otros puntos. Los judíos le escuchaban atentos, y muchísimos abrieron los ojos á la luz del

Salvador, que sus padres crucificaron. Lorenzo los trataba tiernamente, llamándoles *carísimos hermanos míos*, y los judíos, á su vez, viendo tanta ciencia y santidad, le llamaban *nuestro amado predicador*.

V

Sus dignidades en la Orden Capuchina.

En el capítulo provincial de Venecia, de 1587, Lorenzo fué nombrado *Lector* de Teología y sagrada Escritura. Ocupó estas cátedras con tanto acierto, que sus discípulos fueron la gloria de su provincia.

Su humildad no pudo triunfar de los honores y cargos que la Orden le confirió. Guardian del convento de Venecia, se hacía un riguroso deber de ser en todos los actos religiosos el primero. La provincia de Toscana le eligió su provincial, en 1590, y sólo por mandato expreso del padre general aceptó esta nueva dignidad. Pensaba el varón santo poder declinar la pesada carga, al concluir su provincialato; pero su provincia quiso también tenerlo por pastor y después por representante en el Capítulo General, celebrado en Roma en 1598. Los padres de esta veneranda asamblea lo eligieron por definidor general. Enviado como visitador general á muchas provincias, en todas partes obró prodigios de celo, observancia, prudencia y caridad para con la Orden, que amaba con un amor tan entrañable.

La luz iba creciendo; *este gran franciscano, esta gloria ilustre de la Orden Seráfica*, como le llamó después

el inmortal León XIII, extiende cada día más sus resplandores, y, á instancia del emperador Rodolfo y del Papa Clemente VIII, se dirige á Alemania con trece compañeros capuchinos, para evangelizar aquellos países infectados por la herejía y otros males sin número. Funda conventos en Viena, Praga, Gratz; predica, combate con sus escritos en público y privadamente. La herejía, furiosa, quiere acabar con el comisario apostólico y con sus compañeros capuchinos; los malos tratamientos, los golpes, las injurias, nada pueden contra nuestro Lorenzo. Los sectarios, por fin, engañan al emperador, y le presentan al santo capuchino y á sus compañeros como enemigos de la patria y de su augusta persona ¡Lo mismo hacen hoy los filantrópicos apóstoles del siglo, los secuaces del error moderno...! Se intima el decreto de destierro á los pobres de Cristo; pero, cuando todo parecía perdido, Dios humilla á los calumniadores, y la Orden capuchina, con su digno comisario, recobran nueva fuerza y vigor, para combatir una secta que de tales medios se vale... *Lorenzo es un Santo*, exclama Rodolfo; *no saldrán ni él ni sus compañeros*. El pueblo, entusiasmado al saber esta noticia, proclama con himnos de alegría el amor que tiene á los hijos de San Francisco.

VI

Lorenzo embajador y capellán de la armada imperial. — Derrota de los turcos.

Los hijos de Mahoma quieren invadir la Hungría. El emperador de Alemania, ante un enemigo tan po-

dieroso envía á nuestro Lorenzo, como embajador, á los príncipes alemanes, para unirlos todos contra el enemigo común.. El Papa Clemente VIII, viendo el peligro de toda la cristiandad, hace reunir una armada de diez mil soldados con doce Capuchinos, destinados para capellanes.

Lorenzo es nombrado capellán de todo el ejército. Los cristianos llegan, á marchas forzadas, al campo de batalla, conducidos por el archiduque Matias, el duque de Merceur, nuestro Santo y otros tres Capuchinos. Al ver la multitud de las tropas mahometanas, la pequeña armada cristiana tiembla de espanto. El archiduque Matias convoca un consejo de guerra, al cual quiere que asista Lorenzo: y, mientras se delibera si no sería más prudente que el ejército cristiano, compuesto de *veinte mil hombres*, rehusara medir sus fuerzas con los turcos en número de *ciento veinte mil soldados*, nuestro Lorenzo, inflamado de celo por la fe, les anima á combatir por su Dios, prometiéndoles el auxilio del cielo.

El momento supremo se acerca. Al pic de Alba Real (Belgrado), los cristianos se preparan al asalto. Lorenzo les anima con la esperanza de la gloria del martirio. El batallador de Cristo sube á caballo, toma la cruz en sus manos, y bendiciendo con ella, en alta voz, á todo el ejército, se avanza impetuoso el frente de los soldados, teniendo levantado al sacro lábaro de Jesús. Las balas, las bombas, las saetas caer á sus pies, inertes; los cristianos son victoriosos é ilesos.

Mahometo prepara su último esfuerzo, aprovechando

do las tinieblas de la noche. Lorenzo salta de nuevo al frente, se precipita contra los infieles, los soldados cristianos le siguen intrépidos, les promete la victoria, y la lucha es suprema; los turcos han reconocido en Lorenzo su vencedor y todos los tiros son dirigidos contra él. ¡Vano esfuerzo! Lorenzo, con su Crucifijo, triunfa de ellos, se ríe de las balas, las sacude como si fueran polvo. La victoria es decisiva: *treinta mil turcos con tres jefes* han quedado en el campo. Alemania respira, la cristiandad es salvada. Lorenzo es aclamado por todo el ejército; la santa Cruz ha triunfado...

VII

Lorenzo, general de la Orden.—Vuelve á Alemania.

Terminada esta gloriosa campaña, Lorenzo vuelve á Roma. Pasa la Semana Santa en Gratz, donde Dios le consuela con un milagro. El día de Jueves Santo, estando en el coro con los otros religiosos, Jesucristo aparece rodeado de gloria, y acompañado de una multitud de espíritus celestiales; se acerca á Lorenzo, le da la Comunión y después va á todos los otros religiosos.

Llegado á Roma, es nombrado General de toda la Orden, y, á pesar de sus lamentos, tiene que aceptar la carga, por el Papa confirmada. Sólo Dios sabe cuánto trabajó por la Orden. Visitó todos los conventos y todos los religiosos del Milanés, Flandes, Francia, España y Alemania, siempre á pie, sin más recursos que su fe. ¡Parece imposible que un hombre solo ha-

ya podido viajar tanto, en medio de tantos cuidados! En sus santas visitas se hacía todo para todos; animaba, corregía, fortalecía: todo dulzura; pero terrible contra los despreciadores de la santa pobreza.

En España maldice un convento demasiado lujoso, y el convento cae hecho mil pedazos, mientras los frailes asistían á una procesión. Los santos han sido dulces, amables, pero enérgicos contra los abusos...

Acabado su generalato, Lorenzo viaja de nuevo. El emperador Rodolfo, en desacuerdo con su hermano Matias, se ve amenazado de nuevo por los turcos. El Papa Paulo V envía como Nuncio extraordinario á nuestro Santo. Su presencia reconcilia á los dos hermanos, y los turcos se retiran aterrorizados, viendo á su antiguo vencedor, al capuchino de la Cruz.

VIII

Nuevos viajes.—Lorenzo en España. Nuevas victorias.

La *Liga protestante*, apoyada por Enrique IV, amenaza á la Iglesia. El duque de Baviera forma la *Liga católica*, y Lorenzo es enviado á España por el Papa y el Emperador, en calidad de Embajador, para hacer entrar á Felipe III en esta última. La santidad y el talento de Lorenzo triunfan de todo; Felipe entra en la *Liga*, admira las grandes virtudes de Lorenzo, y permite la fundación del convento de Madrid, á pesar de las intrigas de los enemigos de los capuchinos. A San Lorenzo, pues, debemos la fundación de esta santa provincia de capuchinos de Castilla.

Lorenzo, animado del celo de la Religión y de su amor por España, persuade al rey Felipe una nueva cruzada contra los moros, que quedaban aún en esta nación; y la pequeña armada, dirigida por Pedro de Toledo y nuestro Lorenzo, obtiene aquellos brillantes triunfos que prepara la expulsión definitiva de la infame morisma. En esta pequeña campaña Lorenzo obró muchos milagros, que sería largo referir.

En alas de su fervor por la fe, vuelve Lorenzo á Alemania, comunica á los príncipes católicos el feliz resultado de su embajada; los protestantes, aterrizados, desisten de su empresa, y una vez más, la Iglesia es exaltada.

Nombrado de nuevo Comisario General, Nuncio Apostólico y Embajador católico, sale nuestro héroe de Praga y llega á Munich, para encontrar al virtuoso Duque de Baviera, jefe de la *Liga católica*.

Lorenzo no tiene descanso. Corre las ciudades infestadas por la herejía, visita las provincias de Baviera, se dirige al Palatinado, predica, sufre, convierte; y al cabo de ocho meses de sudores, trabajos y frutos abundantes, vuelve á Baviera, se despide del Duque y llega á Roma, donde es recibido con entusiasmo por el pueblo, el sacro colegio y la corte.

En vano busca la obscuridad y el descanso. Nombrado de nuevo Visitador general, se dirige á Génova, cumple su oficio, y el capítulo le nombra Provincial. Entre tanto, pone fin al conflicto armado del Duque de Pavia con el Duque de Mantua, y evita mil y mil desgracias.

Venecia le reclama. Su viaje fué un triunfo: sus hermanos le reciben con extraordinario regocijo y ternura. ¡Ah, no busques la quietud! Lorenzo, por orden del Papa, sale de Venecia y logra reconciliar al Rey de España con el Duque de Saboya, ovitando así una conflagración europea. Vuelve á Venecia, pero su descanso será corto.

IX

Vuelve Lorenzo á España.

Los napolitanos, oprimidos por el Virrey, obtienen del Papa mande á España á San Lorenzo, como Embajador cerca de Felipe III, á fin de obtener pronto remedio para los males de aquellas provincias. Lorenzo, lleno de achaques, casi sin fuerzas, pero confiado en Dios, alegre y caritativo, va á Nápoles, se embarca para España, llega á Barcelona, se dirige á pie á Madrid, mendigando su sustento, durmiendo muchas veces al pie de un árbol. ¡Quién hubiera dicho que este pobre fuese tan grande, que este mendigo fuese un Embajador! De Madrid se dirige á Lisboa, donde se encontraba el Rey, obrando en todas partes muchos milagros en favor de los pueblos. Felipe III le recibe con extraordinarias muestras de amor y veneración, y á los ocho días firmó la destitución del célebre virrey de Nápoles.

X

Su santa muerte, en Lisboa.

Lorenzo, lleno de méritos, extenuado de penitencias y maduro para el cielo, sintió su fin acercarse, y el

aspecto de la muerte le llenó de una santa alegría. Enfermó, al parecer ligeramente; pero sabiendo, por divina luz, que esta enfermedad sería su victoria, lo anunció contento á sus compañeros. El mal hizo alarmantes progresos: Lorenzo, en medio de sus terribles sufrimientos, no dejó escapar el más mínimo lamento; el nombre de Jesús y de María, la Santa Biblia que tenía en sus manos, eran su fuerza y consuelo. El día supremo estaba cerca. Nuestro héroe pide perdón á sus compañeros, se despide de ellos y añade: «Después de mi muerte presentaos á los pies del Padre General, y suplicadle me perdone las faltas cometidas desde el día de mi entrada en esta santa Religión. Dadle las gracias: presentadle mis sentimientos de humildad, afecto y gratitud...»

Amaneció el 22 de Julio, y viendo á su confesor, le dijo: «Padre muy amado, sabed que hoy es mi día; día de mi nacimiento y día, también de mi muerte. En este día nací al mundo, para penas y trabajos; y en este día, dejando al mundo sus penas y trabajos, tengo firmísima esperanza de nacer á Dios, para vivir con El eternamente.»

Los padres observantes le administraron la Extremaunción. Su agonía fué dulce y tranquila; repetía consingular gozo las palabras del apóstol: *Capiodissolvi et esse cum Christo*; fijó sus ojos en una imagen de Jesús crucificado, los bajó dulcemente y expiró el día 22 de Julio de 1619, á los sesenta años de su edad y á los cuarenta y cinco de religión.

Felipe III, rey de España y Portugal, y toda su corte

quedaron consternados á la noticia de su muerte. El devoto príncipe prorrumpió en llanto y se encerró mucho tiempo en su oratorio, para dar fácil curso á sus lágrimas.

El santo cuerpo, hermosísimo, colorado y fresco como el de un niño, fué embalsamado, por orden de su amigo íntimo, el excelentísimo señor don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, que se hallaba en Lisboa al lado de Su Majestad, el Rey Felipe III; y por la devoción que había cobrado al siervo de Dios, lo había hospedado en su palacio, le servía por sí mismo en la última enfermedad, no apartándose de su cabecera hasta poco antes de expirar; mejor dicho, aun después de morir el Santo, halló modo de no apartarse de su amigo, consejero y director, como podrá comprobar el que leyere lo que sigue.

XI

Es llevado su cuerpo á Villafranca del Bierzo.

Muerto el Santo, suscitóse una viva contienda, por la posesión de su venerable cadáver, entre los padres observantes, la parroquia en donde murió y la capilla real. Los observantes presumían tener derecho al Santo, por ser hermanos en San Francisco; la parroquia, por haber muerto en su territorio; y la capilla real, por estar el Santo investido del carácter de Embajador.

Una idea feliz y oportuna del sobredicho marqués, dió solución al conflicto. Hacia pocos años que su ex-

colencia había fundado en Villafranca del Bierzo un convento de Franciscas Descalzas, donde tenía una hija religiosa, sor María de la Trinidad. Acordarse de esto y concebir el proyecto de enviar sigilosamente á su hija el sagrado cuerpo, fué todo obra del momento. Descubrió sus intenciones al rey, mereció su alta aprobación, y con la mayor cautela, llevó á la práctica sus planes, encargando la conducción de aquel precioso tesoro, sellado con sus armas y defendido por una pequeña escolta de soldados, al capitán don Juan Ortiz de Salazar.

Salieron de Lisboa la noche del día 23 de Julio, y á las siete de la tarde del día 9 de Agosto llegaban á Villafranca, dirigiendo sus pasos al, desde entonces muy afortunado convento de la Anunciada, como queda indicado en la introducción á estas páginas.

Con el santo cuerpo enviaba don Pedro á su hija una carta, que pone de manifiesto la santidad del siervo de Dios, y lo mucho que lo veneraba el marqués. Dice así: «Amada hija: No tengo don más precioso que enviarte que el que al presente te envío: este es el cuerpo del gran siervo de Dios, fray Lorenzo de Brindis, General que fué de la Orden de Capuchinos. El ha hecho muchos milagros durante la guerra que yo, por orden de Su Majestad, he sostenido contra los herejes: él ha resucitado muertos, de lo que yo tengo seguros testimonios. Te encomiendo mucho la veneración y que le recibas como á Santo, etc... Lisboa, 24 de Julio de 1619. *Tu padre*».

Este convento, pues, tuvo la dicha de guardar den-

tro sus muros á San Lorenzo de Brindis, cuya tumba se hizo muy pronto gloriosa con la frecuencia de los milagros obrados por su intercesión.

La multitud de gracias con que Dios hizo conocer la santidad de su siervo, determinó al Papa Pio VI, á contarle en el número de los beatos, el 1.º de Junio de 1783.

Nuevos milagros, después, uno de los cuales tuvo lugar en España, han permitido, finalmente, al Papa León XIII celebrarsu solemne canonización, el día 8 de Diciembre de 1881.

Junto á la caja del Santo construyó su panteón el Marqués, y allí quiso que lo enterraran, en testimonio de la devoción que siempre le tuvo, y con la esperanza de que había de ser en el cielo su abogado, quien en vida había sido su más fiel consejero.

XII

Descripción de Villafranca y origen del convento de La Anunciada.

Al oeste del fertilísimo valle del *Bierzo*, cerca de Galicia, se encuentra una de sus más lindas poblaciones, que debe su origen y su nombre (Villafranca del Bierzo) á los peregrinos extranjeros que iban á Santiago de Compostela. Se halla situada en un valle profundo, cercado de elevadísimos cerros; la bañan dos copiosos y cristalinos ríos, el *Burbia* y el *Valcarce*, abundantes en regaladas truchas y delicadas anguilas. Cuenta más de 4.000 habitantes, gente sen-

cilla y de sanas costumbres. Hay en ella una antigua y hermosa Colegiata, que hoy es la única parroquia de la villa, tres conventos de monjas de clausura: *San José*, de Agustinas Recoletas; *La Concepción*, de Concepcionistas, y *La Anunciada*, de Franciscas descalzas, del cual hablaremos después; uno de monjas sin clausura, las Pastorinas, y otro de Paules, cuya residencia había sido antes de los Jesuitas.

Su clima es benigno y sano, más frío que cálido: abunda en aguas cristalinas, en ricas y sazonadas verduras y hortalizas; produce frutas de todo género muy delicadas; se coge vino de buena calidad y sano. Lo que más admira es ver aquellas altas montañas matizadas, no solo de silvestres arbustos, sino también de inmensa variedad de corpulentos nogales. copudos castaños, avellanos, moreras, etc., formando todo una vista muy agradable y hermosa.

Por los años 1606 á 1608, el excelentísimo señor marqués de Villafranca, don Pedro de Toledo, accediendo á las repetidas instancias de su hija, Maria de Toledo, emprendió una obra que inmortalizará su memoria, y será siempre objeto de respeto y de veneración. Sobre las ruinas de un hospital, donde, según se cree, se había hospedado el gran Patriarca de Asís, el humilde San Francisco, levantó un modesto convento para religiosas, dándole por titular *La Anunciación*, y por esto se le llama comúnmente *La Anunciada*. Su hija Maria de Toledo (en la Religión sor Maria de la Santísima Trinidad), fué la primera flor que el divino jardinero transplantó del erial del mundo á este

delicioso verjel, donde han florecido siempre las virtudes más sublimes de la Religión Seráfica.

En su interior no veréis cosa alguna que llene de encantos á los sentidos, nada que sepa á mundo; pero el alma que allí se acerca, percibe algo que la impresionada gratamente, la eleva, la inunda de santas emociones; y las muy dichosas y afortunadas que lo habitan, experimentan diariamente una protección especial que las hace exclamar llenas de reconocimiento: *Aquí hay un Santo.*

XIII

Altar de San Lorenzo.—Cultos en su honor.

Las sagradas reliquias de San Lorenzo, depositadas en el panteón de los marqueses de Villafranca, que se hallaba en el coro bajo de la iglesia, habían esparcido el buen olor de santidad, por medio de prodigios y milagros durante casi tres siglos, desde un lugar, decente, sí, y muy venerado por las religiosas y por cuantos tenían noticia de tal tesoro; pero demasiado oculto á la vista de las personas que se reconocían deudas al Santo por los favores recibidos, y que deseaban poder contemplarle más de cerca y en lugar mejor proporcionado á los obsequios del pueblo piadoso.

Bien es verdad que en 1785, dos años después de su beatificación, fueron trasladadas las reliquias á una magnífica urna labrada á expensas del excelentísimo señor don José Alvarez de Toledo, marqués de Villafranca, y puestas á la pública veneración, como correspondía á su título de *Beato*; pero sus devotos y en-

tusiastas no se daban por satisfechos con estas muestras de devoción.

En el año 1839, visitando las provincias de España el General de la Orden Capuchina, reverendísimo padre Bernardo de Andermatt, dió orden para que, á expensas suyas, se construyese un elegante altar con urna nueva, dedicado á San Lorenzo, y el día 7 de Julio de 1896 se verificó el acto de la inauguración del nuevo altar, trasladando á él las sagradas reliquias, con la pompa y solemnidad que supieron darle; cooperando con santa emulación, el clero, el Ayuntamiento, el pueblo en masa, la comunidad de religiosas y varios Padres Capuchinos, entre ellos el ministro provincial, quienes cantaron las glorias del santo en una novena y triduo, que sirvieron de preparación para tan solemne acto.

El altar, de estilo gótico, es obra del escultor barcelonés don Félix Ferrer, hermano de la venerable sor Filomena de Santa Coloma. Tiene un elevado camarín, y en su centro la gran urna de bronce sobre dorado, depositaria del tesoro venerando que nos ocupa, coronada por una efigie de San Lorenzo, de madera de cedro, también dorada.

Defiéndenle, por la parte de la iglesia, barras de hierro. Como cortina de este camarín, está un gran cuadro que sube y baja por medio de resorte y representa á San Lorenzo en tamaño natural, subiendo *su espíritu* al cielo, entre ángeles que le acompañan con instrumentos músicos, dejando á sus pies la ciudad de Lisboa.

Más abajo, otra pintura le representa en el acto de la embajada, cerca del rey católico Felipe III y la reina Margarita.

Encima, las armas de los excelentísimos señores marqueses de Villafranca, fundadores y patronos del convento, y á los lados, entre doradas columnas, primorosamente labradas, dos hermosas y grandes efigies: la de San Fidel de Sigmaringa, á la derecha, y á la izquierda, la del Beato Diego José de Cádiz, ambos capuchinos.

Cultos.—Con toda solemnidad se celebra cada año su novena, contribuyendo á realzarla los reverendos Padres capuchinos con sus sermones y solemnes visperas, cantadas por el clero colegial ante el altar de las reliquias.

En su día, 7 de Julio, Misa solemne, descubriéndose las santas reliquias, al *Gloria in excelsis Deo*, entre el volteo de las campanas, quedando expuestas con luces á la veneración de los fieles hasta la función de la tarde, á cuyo final, en manos del sacerdote, vestido de sobrepelliz, la adora el pueblo, mientras de la elevada bóveda del templo se desprende una lluvia de flores, emblema de las gracias que San Lorenzo derrama sobre cuantos con fe le invocan.

Es costumbre inmemorial de los hijos del pueblo darle serenata, encendiendo hogueras delante del convento, entre *vitas* y canciones. al modo que, en otras partes, se hace en la noche de San Juan.

La comunidad se reserva el domingo siguiente, para festejarle en *familia*, con visperas en el coro, proce-

sión á la capilla, cantando el *Te Deum*, la antifona y oración del santo, y á continuación himnos y despedidas en que las religiosas explican su afecto entrañable á su gran protector.

En la misma forma le visita la comunidad mensualmente, acudiendo en todas sus necesidades particulares y generales, propias y de extraños, en demanda de consuelo, encontrándolo siempre en el santo protector.

XIV

Favores obtenidos por su intercesión.

De los muchos favores que han alcanzado del cielo cuantos se encomiendan á San Lorenzo, cuatro han merecido que la Sagrada Congregación los calificara con el nombre de «verdaderos milagros»; dos, cuando la Iglesia, nuestra Madre, se complacía en adornar las sienes de su hijo con la aureola de la santidad, en la fiesta de su beatificación; y los otros dos, cuando fué solemnemente canonizado. Hélos aquí, en breves palabras.

1.º Eugenia de Apuzo (Nápoles) se desangraba, sin hallar remedio en lo humano, por una vena que, involuntariamente, le cortó el cirujano Pedro Ciofo, al darle una sangría. Aplicó á la herida con mucha fe y devoción una reliquia de San Lorenzo, é instantáneamente cesó la sangre, se cerró la herida y se consolidó la arteria, de tal modo, que ni aun señal de cicatriz le quedó.

2.º Tenía Clara de Cossaghis (Milán), en un pecho

un cáncer horrible, con llaga tan profunda que casi se le descubría el corazón. Agotados todos los remedios humanos, recurrió á San Lorenzo, en cuyo obsequio ofreció ayunar tres sábados á pan y agua y visitar los mismos días la iglesia de los Capuchinos, si alcanzaba del Señor la deseada salud.

Dios oyó sus votos, por intercesión de San Lorenzo, y, con admiración de los médicos, en pocos días desapareció hasta la huella de tan espantosa llaga, que estaba fuera del alcance del arte de la Medicina.

3.º En 1785, el niño de cinco años, Pedro Pablo Friggeri, de Roma, había contraído una gravísima enfermedad en la rodilla izquierda, apareciendo más tarde la necrosis (corrupción de vida en un hueso), por lo cual los médicos abandonaron toda esperanza de poder curarlo. Entonces, por indicación de fray Valentin de Cadore, Capuchino, llevaron al niño á la iglesia de los Padres Capuchinos de Roma; se le aplicó á la rodilla una reliquia de San Lorenzo, y tan instantánea fué la curación, que á al regresar á casa hallaron la parte enferma en estado natural, sin rastros de enfermedad alguna.

La Sagrada Congregación de Ritos ha calificado este milagro del modo siguiente: «Instantánea y perfecta curación del niño Pedro Pablo Friggeri, de un tumor blanco incurable, en la rodilla izquierda, con caries de los huesos».

4.º Maria Angélica Salat y Trull, de Cervera (Cataluña), era, desde la niñez, víctima de una maligna enfermedad que, yendo siempre en aumento, hasta

presentarse la gangrena, amenazaba acabar con la vida de la paciente, según declaración de los médicos, que confesaron ser incapaces de combatirla. Ayudada de otras personas, pudo hacer una visita á la Iglesia para orar ante el altar de San Lorenzo. ¡Admirable poder! La que momentos antes parecía un cadáver, se levanta sin ayuda de nadie, y agradecida, de hinojos ante la imagen de su bienhechor, hizo su acción de gracias á Dios y al Santo. Estaba curada.

El día 11 de Septiembre de 1881, la misma Sagrada Congregación calificó este hecho de «instantánea y perfecta curación de María Angélica Salat y Trull, de una maligna y larga dermatosis, ó enfermedad cutánea, con erupciones é inflamación pustulosa y ulcerosa de todo el cuerpo, en particular de los tejidos que tienen relación con los muslos, y caquexia de la enferma, ó sea malestar ó desfallecimiento general del cuerpo».

A estos prodigios podemos añadir otras muchas curaciones, cuyo carácter de milagrosas ó no, nos está vedado determinar, por ser esto derecho exclusivo de la Santa Sede. Mas no podemos menos de hacer constar que son muchas las personas que, invocando al Santo, en casos de enfermedad, en peligros de muerte, ó en otras semejantes necesidades, han logrado lo que su fe buscaba, sobre todo al contacto de una reliquia que obra en poder de las monjas, la cual suelen llevar los devotos para necesidades que desconocen remedio en lo humano.

Valga por muchos el siguiente ejemplo: «Como notario de Vega de Espinareda (León), y bajo la fe del

cargo, quiero referir un hecho extraordinario que se debe á la intervención de San Lorenzo de Brindis.

El día 9 de Mayo de 1905 dió á luz mi mujer, María Arias Valcarce, una niña en el pueblo del Valle y Tedejo, Ayuntamiento de Tolgoso de la Ribera. No obstante su naturaleza robusta, pronto se pudo observar que la niña tenía algún padecimiento, porque ni dormía ni engordaba, y, poco á poco, se quedaba extenuada.

Consultado el caso con los médicos de Madrid, Páramo del Sil y Vega de Espinareda, señores Peña Vuelta, Arias Prada y Casas Bocerra, llegaron á convenir en que el padecimiento de la niña era un catarro intestinal, adquirido en el claustro materno, y que pondría fin á su vida. Por espacio de un año se le suministraron toda clase de medicamentos sin observar nada favorable, llegando á ponerse tan grave, que el día 5 de Agosto de 1906 el médico se marchó, diciendo que era cosa muy rápida.

Apenado con esta noticia, escribí á la entonces Superiora de la Comunidad, para que la encomendasen al Santo Brindis, y esta señora mandó al criado con la reliquia, para que se le colgase del cuello á la niña. Era el día 28 de Agosto de 1906, á eso del oscurecer, cuando llegó el criado á esta casa, é inmediatamente rezamos una oración al Santo, se puso la reliquia á la niña, y al poco rato sobrevino el sueño, pasando toda la noche sin despertar, cosa que, desde el día en que había nacido, no sucedió.

Al siguiente día, el semblante de la niña era risueño

y tranquilo, á pesar de su extenuación, y su madre arrojó todos los medicamentos, contentándose con la santa reliquia, y fué mejorando de día en día visiblemente hasta quedar completamente sana. Por todo ello hicimos una fiesta en acción de gracias, y constantemente rogamos á San Lorenzo nos conceda su protección.—*Manuel Díaz Porras.*—Vega de Espinareda, 14 de Junio de 1908.

EPÍLOGO

Tal es, amado lector, la vida de San Lorenzo. Grande desde el vientre de su madre, grande en su niñez, grande en su Religión, grande en sus empresas. Embajador de los reyes, Nuncio de los Papas, azote de los turcos, martillo de los herejes, apóstol de los pueblos: su nombre será grande entre los grandes, su memoria digna de eterna alabanza.

Humilde de corazón en medio de los aplausos, prorrumplía en llantos, diciendo: «¡Pobre de mí! ¿Quién soy yo? ¡Ah infeliz Lorenzo, misera criatura! ¿Quién soy yo, sino el mayor pecador del mundo?» Niño aun, recibía de rodillas las advertencias de su tío. Su vista inspiraba la dulzura y la paz. Nunca habló de sus talentos. Llegaba de noche á los pueblos, para no ser visto del público, y en las calles ocultaba con mil estratagemas el ser conocido.

Pobre como Jesús, su celda no tenía otro adorno

sino el báculo, el crucifijo y la imagen de María. Nunca usó hábito nuevo, y siendo General de la Orden, solo se distinguía por su mayor pobreza.

Obediente y muerto á sí mismo, cuando sus empleos le obligaron á mandar, no quiso perder el mérito de la obediencia, mandando á su compañero lo tratase como súbdito.

Blanco lirio de pureza, mereció que María Santísima se le apareciese y le confirmase este inapreciable don.

Su fe era extraordinaria. Los misterios de la Religión le tenían siempre como extático, y todas sus ansias fueron buscar ocasiones de extenderla y derramar por ella su propia sangre.

Su esperanza fundada en su humildad le hizo tan poderoso en medio de mil peligros, y siempre salió de ellos victorioso.

Su caridad para con Dios puede sola explicar los éxtasis, raptos y deliquios con que era favorecido. Su corazón era una hoguera de amor. Pasaba la vida en medio de tantas ocupaciones, como fuera de sí, y era preciso que su compañero le sacudiese para hacerle entrar en sí. En Génova los grandes exclamaban, al ver á Lorenzo tan absorto: «¡Ay!, que se nos va fray Lorenzo. ¡Ay!, que se escapa al cielo...» Ya hemos visto los innumerables trabajos que sufrió para salvar á las almas. Siempre amable, siempre dulce, se hacía todo para todos.

Amaba á Jesucristo con toda su alma. Hacia derramar lágrimas de ternura el verle pasar horas enteras ante el Crucifijo, pegando sus labios á las llagas del

Salvador. Sus terribles sufrimientos, sus espantosas penitencias nada le parecían para corresponder á los dolores de Jesús.

En el santo sacrificio de la Misa fué donde nuestro Santo aparece más grande y extraordinario. En ella cesaban todos sus males corporales y sus angustias espirituales. Pasaba nueve, y hasta doce horas en el altar, arrebatado en espíritu, anegado en sus lágrimas, sudando copiosamente y mojando muchos pañuelos y todas sus vestiduras sagradas.

Estando una vez celebrando tan augusto Sacrificio, Jesús se le apareció sobre los corporales en forma de un tierno y hermoso niño, regalándole con mil caricias (1). Otra vez, mientras celebrara, aparecieron sobre su cabeza tres brillantes coronas, dos blancas y una colorada, símbolo de su ardiente caridad para Jesús Sacramentado, de su pureza y de su tierna devoción á María.

Lorenzo fué, sobre todo, *el hijo predilecto de María, nuestra dulce Madre*. Al hablar de esta Reina, su rostro se encendía, sus palabras eran de fuego y su alma se extasiaba. Ayunaba á pan y agua todos los sábados y vigiliass de las fiestas de su amada Patrona, rezaba con indecible devoción el santo rosario, cantaba cada día algunos versos y pronunciaba con dulzura el nombre amado de *María*. Muchas veces al llegar á las palabras *Madre de Dios*, se quedaba extático sin

(1) Véase el fotograbado de la segunda plaua de la cubierta de este librito.

poder continuar. Tenía siempre consigo una pequeña estatua de María. Visitó los santuarios de Montserrat, del Pilar, Loreto y todos los más célebres. Al ver alguna hermosa imagen de María, exclamaba: ¡Ah Señora! ¡ah Madre mía! ¡dichoso quien te ama! La bendición que daba á sus religiosos era: *Nos cum prole pia benedicat Virgo Maria*. María recompensó tanta ternura. Se le apareció muchas veces, y se asegura que ella misma le dictaba sus admirables escritos. Le concedió el don de lenguas, le restituyó la salud, etc., etc.

¡Oh amable Lorenzo, ¡quién pudiera como vos amar á nuestra grande Señora! Obtened, os ruego, á todos los que os aman y á todos los que celebran vuestras victorias la dicha de poder vivir y morir amando tierna, práctica y constantemente á María nuestra Reina, nuestra dulzura y nuestro todo.

FIN

HIMNO Á SAN LORENZO DE BRINDIS

CORO

Devotos de San Lorenzo,
corred todos y venid
á merecer los favores
del Seráfico Adalid.

ESTROFAS

De Lorenzo de Brindis venimos
la virtud y favor á implorar;
pues queremos en lid por la Iglesia
con Lorenzo valientes luchar.

El error en sus sienes pretende
de la fe la corona ceñir;
á las armas, valientes, corramos
á vencer en la lucha ó morir.

Con la fe protegido Lorenzo
de Mahoma el orgullo abatió;
siempre vence á Satán el cristiano
con la fe que de Cristo heredó.

Hoy que el vicio respira triunfante,
su reinado queriendo implantar,
á Lorenzo pidamos devotos
sus virtudes nos quiera alcanzar.

A. M. D. G.

IMPRÍMASE:

Fr. Pastor María de Eraul
Min. Provl.

Madrid, 31 de Marzo de 1911.

INDICE

<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
Al que leyere..	7
I. Origen é infancia de San Lorenzo de Brindis.....	9
II. Salida de Brindis.—Llega á Venecia. .	10
III. Su noviciado. —Sus estudios	11
IV. Su promoción al sacerdocio.—Su celo.	13
V. Sus dignidades en la Orden Capuchina.	15
VI. Lorenzo Embajador y Capellán de la Armada imperial.—Derrota de los turcos.	16
VII. Lorenzo, general de la Orden.—Vuelve á Alemania	18
VIII. Nuevos viajes. —Lorenzo en España.—Nuevas victorias.....	19
IX. Vuelve Lorenzo á España.	21
X. Su santa muerte, en Lisboa	21
XI. Es llevado su cuerpo á Villafranca del Bierzo.	23
XII. Descripción de Villafranca y origen del Convento de la Anunciada.....	25
XIII. Altar de San Lorenzo.—Cultos en su honor...	27
XIV. Favores obtenidos por su intercesión..	30
Epílogo.....	34
Himno á San Lorenzo de Brindis.....	38